

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 144.—1.º de Marzo de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epist. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña M. G. Damos á V. gracias por los 16 rs., que han sido una alegría para una viuda con cuatro hijas (dos de ellas enfermas) á quien en su nombre los hemos dado.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:

Los niños Juanito y Rosario Salazar y Ferreira, por hilas.

Don M. C., por trapos.

Don Isidoro Fernandez Flores, por hilas.

Doña María H. de L. M., por hilas.

Doña Teresa Tornos, por hilas.

Doña C. M. de G., por hilas.

Sras. de Lage y San Martin, por 24 apósitos para *cartera de socorro*, 4 pañuelos triangulares, hilas y trapos.

Una viuda, por trapos.

Varios suscritores que no han dicho sus nombres, por hilas y trapos.

AL DIPUTADO A CORTES SR. D. X.

Muy Sr. mio: Un gran poeta, que era al mismo tiempo ¡cosa singular! hombre de buen humor, escribió un dia:

SESION. «Aquí, convocándose á sí mismas, se reunian las letras »en otro tiempo. Las vocales, vestidas de encarnado, ocupaban los »asientos preferentes. A., E., I., O., U.; chillaban de una manera es-

»traordinaria. Las consonantes llegaron con andar acompasado, teniendo que pedir permiso para entrar. El Presidente A. las favoreció, se les señalaron asientos, pero algunas permanecieron en pié, como P. H., T. H., y otras semejantes. Entonces empezó una charla sin cuenta ni razon: esto es lo que se llama una Academia.»

Yo no me parezco al autor de este epígrama en ser gran poeta, ni en ser persona de buen humor, ni tampoco en tratar á las Academias con tan poco respeto; pero me ha sucedido muchas veces dirigirme á una persona que me figuro que puede existir, de cuya existencia no tengo noticia, y á quien designo con una letra del alfabeto; he escrito cartas á D. N., á D. H., á D. A., etc., y en fuerza de repetir estas letras, venia á representarme con ellas mentalmente la persona ideal que se nombraba, en términos, que habia tanta diferencia para mí entre la H. y la N., como entre dos sujetos que se parecen muy poco.

Hoy añado otra letra á la lista, y otra persona á las que desearia que existieran. Es usted, Sr. D. X. Me figuro que es usted diputado á Cortes, suscriptor á LA VOZ DE LA CARIDAD, y que está de acuerdo con ella en todo lo relativo al sistema penitenciario; me figuro que ha leído usted mis opusculillos sobre este asunto, que, ni por haberlos escrito tan cortos, han encontrado quien los lea; me figuro que de todas las cosas ignominiosas que en España hacen cubrir de rubor las honradas frentes, ninguna le da tanta vergüenza como el estado de nuestras cárceles y presidios, despues de la esclavitud de Cuba, se entiende; me figuro que su honor de caballero y su conciencia de hombre honrado, se sublevan contra el hecho de que, en nombre de la ley, se escarnezca la justicia, formando focos de infeccion moral, y empleando la fuerza pública en arrojar á los hombres en abismos de maldad, de donde no es humanamente posible que salgan; me figuro que va usted á las Cortes, resuelto á levantar la voz contra ese atentado moral permanente que en España se llama carcel y presidio; contra ese envenenamiento espiritual de tantos miles de almas; y ¡lo que es la imaginacion! hasta me figuro que van á escucharle á usted con interés algunos compañeros y secundarle, y tratar de poner remedio á tanta injusticia y á tanta vergüenza.

Si real y verdaderamente existe usted, Sr. D. X., tal como yo me le figuro, sea por muchos años; y si existen tambien esos otros Diputados, muy Sres. míos, que le secundan, es necesario que tomen el asunto por el principio, y como la reforma urge mucho, no hay que atropellarla. Usted se acordará que hace siete años se trató en las Cortes de la reforma de las prisiones, á última hora, de prisa, y á ratos, que con toda propiedad pudieron llamarse *perdidos*. ¡Qué cosas

tan estupendas se dijeron y se acordaron en aquellas sesiones! Yo me hice cargo de ellas en un *Examen critico* que imprimí para mi uso particular y de algunos pocos aficionados. Estas cosas no pueden hacerse así, ni estas cuestiones se dilucidan ni se discuten verdaderamente en una asamblea numerosa de hombres políticos: ya sabe usted que hablar de un asunto no quiere decir siempre *discutirle*: la Asamblea, que resuelva, pero despues de haberse asesorado, de haber oído á los que tienen conocimientos especiales, á los peritos.

Como entre usted y yo, Sr. D. X., hemos de hablar sin ambages y con toda verdad, convendremos en que la cuestion penitenciaria es la mas grave que puede someterse á una asamblea deliberante; en que habria de componerse de filósofos dignos de este nombre, para acordar lo mas justo en semejante materia; en que los conocimientos especiales sobre ella no son comunes en ninguna parte; y en que en España son rarísimos. No vaya usted, pues, á hacer una proposicion, y que se tome en consideracion, y que se nombre una comision, enjarete en pocos dias un proyecto que se apruebe en pocas sesiones: si tal ha de hacer usted, Sr. D. X., vale mas que no haga nada, porque es mejor que las cosas esten por hacer, que mal hechas.

¿Qué pretendo pues?—Yo desearia:

1.º Que truene usted, y arroje rayos y centellas sobre gobernantes y gobernados que no protestan contra tanto oprobio y tanta iniquidad, ni tratan de ponerle remedio. Que recuerde usted la historia, ignominiosa para la capital de España, de la carcel del Saladero, con sus fugas de presos (alguno reo de muerte y en capilla); sus talleres de falsificacion de billetes; su confusion de edades y criminalidad; su conspiracion permanente contra los bolsillos; sus estafas organizadas; sus luchas á mano armada entre presos y guardianes, y las de estos entre sí hiriéndose y matándose *por las propinas*. Que ponga usted de manifiesto lo que pasa en la carcel de mujeres de Madrid y en la prision de mujeres de Alcalá; digo mal, que haga usted algunas indicaciones, porque las cosas que allí pasan no son para dichas, unas porque no se pueden probar, y otras porque no se pueden oír. Que haga usted una lista de los fugados de las cárceles y presidios, unos que no vuelven á ser habidos, otros que coge la guardia civil, otros que caza..... No se olvide usted de los **SESENTA Y CUATRO** presidiarios escapados últimamente del presidio de Cartagena, todos de cadena, es decir, manchados con sangre. Pregunte usted qué penas se han impuesto á los empleados en cárceles y presidios que dejan escapar los presos; á las autoridades que faltan, y á las que nombran, para vigilar, á muchos que debian ser vigilados.

2.º Procure usted que el Ministro del ramo entienda lo menos

posible en el asunto, y cuide mucho que no se encargue de presentar proyecto de ley.

3.º Si segun han anunciado algunos periódicos presenta el Gobierno un reglamento, como al cabo no es imposible que tenga algo útil y aprovechable, que pase á la comision.

4.º Que, como es recomendabilísima costumbre en Inglaterra, se abra una informacion parlamentaria, no para investigar el estado de nuestras prisiones, y poner de manifiesto la necesidad de reformarlas, esto es notorio, nadie lo niega; sino para inquirir dónde estan las personas que tienen conocimientos especiales en la materia, á fin de llamarlas al seno de la comision, ó si no pueden asistir personalmente, que envíen por escrito sus observaciones y cuantos trabajos puedan contribuir al acierto. Puede hacerse un llamamiento á todos los que de cuestiones penitenciarias se han ocupado en España, señalando un plazo de seis, ocho ó diez meses por ejemplo, dentro del cual la comision recibirá los trabajos que se le remitan, y aun podria abrirse un certamen, y ofrecerse un premio al autor de la mejor memoria. Todo esto, principalmente para que la comision sepa dónde estan los elementos que necesita, y los utilice. La reforma ha de ser completa, radical; son muy contados los que en España tienen idea exacta de ella, y hay que buscarlos y utilizarlos. Doy por supuesto, Sr. D. X., que para esta obra social, humana, patriótica, se prescindirá completamente de opiniones políticas, porque, teniéndolas muy opuestas, se puede coincidir en el deseo de mejorar las prisiones, y prestar cooperacion para conseguirlo.

5.º La comision de las Cortes que abra la informacion parlamentaria, deberá tener carácter permanente; y aunque la Asamblea suspenda sus sesiones ó se disuelva, continuar sus trabajos hasta que se terminen, dando entonces cuenta de ellos á las Cortes, de donde procede, ó á otras, para que con conocimiento de causa discutan y resuelvan. He aquí un proyecto de plan que usted y sus dignos imaginados compañeros pueden ampliar y mejorar, siendo lo esencial convencerse de que la cuestion es grave y difícil; que en los centros oficiales, ni la idea de ella suele haber; que entre los Diputados, serán muy pocos los que la hayan estudiado; y que es preciso buscar quien lo sepa.

Si existe usted, Sr. D. X., tal como yo le he imaginado, y halla quien le secunde, harian la mejor obra que puede satisfacer á un hombre honrado; si no, la letra con que le nombro será, como otras, una especie de epitafio sobre la tumba de una ilusion que ha muerto.

Jijon 4 de Febrero de 1876.

Concepcion Arenal.

LA BONDAD.

¿No encontrais que la bondad, ó en su acepcion mas familiar, la benevolencia, tiene cierta tendencia á desaparecer de nuestras costumbres? Se encuentran personas virtuosas, distinguidas, capaces de hacer sacrificios y buenas obras; pero son escasas las *buenas gentes*. La desconfianza y la circunspeccion se han introducido en nuestra sociedad, bajo la máscara de las pasiones políticas, de los negocios, de los viajes, del aislamiento, en fin, que la vida de club y de disipacion ha introducido insensiblemente en las familias. Todavía es uno bueno en su hogar, en la estrecha barrera donde está encerrado con los suyos; pero fuera de él, se hace uno indiferente y hasta duro; no se ocupa de complacer ni hacer bien y parece que se va diciendo al prójimo: sal de tus apuros como puedas, que yo no tengo tiempo de ocuparme de ti.

¿Es cristiana esta indiferencia? ¿Está de acuerdo con las máximas de Jesucristo esa frialdad que nos hace duros con nuestros semejantes? *Se nos ha aparecido la bondad*, dice San Pablo. El que podia mostrarse como soberanamente poderoso, como indudablemente justo, no ha querido hacer brillar mas que su bondad á los ojos de sus discípulos ignorantes, de los pueblos que le rodeaban, de los enfermos que le imploraban, y hasta del mismo deicida á quien da el dulce nombre de amigo. ¿Cómo modificaríamos nuestra alma, si tuviéramos presente siempre este modelo y tratáramos de imitarle!

Porque si es posible á nuestra pobre organizacion imitar á un Hombre-Dios sufriendo, inmolado y triunfante, por último, de las torturas y de la muerte; es menos difícil modificar nuestro corazon y hacernos indulgentes y benévolos con nuestros semejantes, que son los inevitables compañeros de nuestra peregrinacion en la tierra.

Todos los dias no tenemos ocasion en el curso de nuestra vida, de practicar las grandes virtudes del cristianismo, de perdonar, por ejemplo, una ofensa pública, de reparar á nuestras espensas una injusticia que redunde en nuestro provecho, ó de sacrificar por el prójimo nuestros bienes, nuestra salud ó nuestra existencia; pero la indulgencia y la bondad encuentran á cada instante oportunidad para ejercitarse. En el trascurso de un dia, ¡cuántas veces se puede ser bueno e indulgente! Se puede sufrir con paciencia las manías de los que nos rodean, sus malos modales y hasta sus palabras duras; se puede reprender con dulzura á los criados, cuya torpeza ó falta de buena voluntad nos irrita; recibir con cordial urbanidad las visitas

que nos aburren; usar en las discusiones, ya de negocios de política, ó familiares, una moderacion prudente, venciéndose, para no tener maneras violentas ni dar voces que ofendan al interlocutor; se puede acoger con benevolencia al que viene á pedir un favor. Si nos piden prestado un periódico, un libro, ó cualquier objeto de nuestra propiedad; si nos piden una recomendacion ó nuestro apoyo para cualquier empresa y nos es posible darla, ¿por qué no lo hemos de hacer? Y si nos es imposible hacerlo, respondamos con cariño, para no ofender al desairado con nuestras palabras. Si con otra clase de peticiones vienen á implorar una limosna y despertar nuestra piedad, podemos no quejarnos de la importunidad de los mendigos; podemos dar algo, por poco que sea, y podemos darlo de buena manera. Podemos ser buenos para todos; hasta para el perro que espera ante una puerta cerrada, hasta para los pájaros que se comen las migas de pan que les ponemos en nuestra ventana. Si nuestra bondad se estiende á todo lo que nos rodea, seremos mas felices; y cuando tengamos penas, nos será mucho mas facil hallarles consuelo. Cuando sufre el corazon ¿cuánto consuelo no debe sentir el que pueda decir con verdad: Yo no he perjudicado á nadie en su fortuna, en su honra ni en su dicha!

En sufrir, dar, prestar, soportar y obligar á todos, consiste la bondad del corazon. La del espíritu ahoga las mofas en los labios que disparan una burla con la misma precision con que el arco envia una flecha; respeta la vejez, la enfermedad, la inferioridad, todo lo que es débil, é impone silencio á la crítica, mucho mas comun que la maledicencia, en las conversaciones; esa crítica que comienza por las siguientes ó parecidas palabras: «Que le parece á V. de?..... No puedo esplicarme esa conducta..... No prejuzgo su intencion, pero hay que confesar.....» Esas perfidias de la lengua, esas incitaciones á la crítica ó el exámen severo de la conducta de los demás, ¿no son la antítesis de la bondad y la caridad? Se necesita un gran esfuerzo para reprimir sin cesar la imaginacion y la lengua, y para callar la opinion poco favorable que se tiene de las personas; pero ¿qué es lo que en esta vida se practica sin esfuerzos? Y por otra parte, ¿qué pocas veces quedan estos sin recompensa!

Procuremos reunir á la bondad en las acciones y la dulzura en las palabras, cierta dosis de buen humor ó á lo menos cierta igualdad de carácter. ¿Hay nada mas incómodo que esos caracteres variables, que hoy son tristes y mañana demasiado alegres, y con cuya disposicion no se puede nunca contar? Evitemos á los que nos rodean estos contrastes de nuestra imaginacion. Los mas admirables sacrificios, los mayores rasgos de abnegacion, pierden gran parte de su

mérito, si no se hacen con amabilidad, y sin la apariencia de un arrebató.

El Cardenal Cheverus, decia: *Dar limosna con dureza es disolver una perla en vinagre.* Lo mismo que á la limosna material, puede aplicarse esta frase á todas nuestras acciones. Suponed los cuidados mas eficaces de la piedad filial hechos con ceño y aire de enfado: ¿qué quedará de ellos? Un auxilio para el cuerpo de la madre enferma, y una amargura para su alma.

Un simpático autor, Mr. Rozan, ha escrito un volúmen entero sobre *La Bondad*; os lo recomiendo. En él vereis por qué hay que ser buenos, y de cuántos modos se puede serlo. Aprendamos todos á vigilarnos continuamente, á no causar disgusto á los demás, á complacer, por el contrario, en todo lo que podamos á nuestra familia, á nuestros criados, á nuestros amigos, á nuestros vecinos, á los pobres, á todos en fin; á no zaherir á los ausentes en nuestras conversaciones, é inclinár nuestra alma á la indulgencia y la compasion. Y entonces podremos leer con satisfaccion los siguietes versos de Andrieux, que son la paráfrasis mundana del: *Haz á tu prójimo lo que quisieras que hiciesen contigo.*

Vivir para sí mismo no llena la existencia;
Es mas grata la vida en pró de los demás;
Tener en la memoria, cuando uno se despierta,
Los seres cuyas penas se pueden mitigar.

Cuando pierde la tarde sus últimos reflejos,
Y estiéndose en los aires la densa oscuridad,
Dichoso aquel que escucha en lo hondo de su pecho
La voz de la conciencia gozosa murmurar:

«No ha trascurrido en balde el dia que termina;
»Una pena en el mundo queda olvidada ya:
»Por mí secóse el llanto en pálida mejilla,
»Trocando en placentera la contristada faz.»

(Traducidos por Bofil.)

(Traduccion por M. B.)

EL PARROCO Y EL SOLDADO.

Mientras dura esa guerra fratricida que ensangrienta las montañas navarras y vascongadas, á cada momento ocurren allí dramas terribles que se desarrollan en el silencio y en la oscuridad, y en que los actores son héroes desconocidos, mártires del deber, que

sufren dócilmente y con resignacion las heridas y la muerte, muchas veces con asistencia, algunas en abandono; pero aunque las guerras modernas se humanizan y la caridad va siempre tras del soldado, no siempre puede llegar á tiempo para salvarle.

La gloria guerrera, la aureola del combate, el pundonor militar, la emulacion, el estruendo, el bullicio, todo esto produce en los soldados bisonos cierta fascinacion, que es en la guerra una necesidad, para que reciban el bautismo de sangre y se acostumbren valerosamente á los peligros y rudas tareas de la campaña.

Pero cuando ha terminado un batalla, cuando ambos ejércitos, despues de haberse lanzado la muerte, se retiran del teatro del combate, bien porque vuelvan á sus antiguas posiciones, como gladiador del circo Romano que entraba en la tienda á reparar sus fuerzas, bien porque un ejército triunfa y el otro huye, queda generalmente el campo de batalla en un pavoroso silencio, interrumpido solo por tres gritos bien distintos pero bien significativos, cada uno en su clase: los ayes de los heridos; el graznido de los cuervos que huelen su presa; y las voces del médico, del hospitalario y del sacerdote que van buscando heridos que poder salvar de las garras de la muerte, ó muertos que solo necesitan ya sepultura y preces cristianas.

Estas lúgubres escenas son el reverso de las del combate. En este todo es animacion y empuje; la fuerza dirigida por la pericia y por el valor se ostenta en todo su imponente aparato: cesado el combate, su teatro revela lo que hay de consecuencias tristemente positivas; muertos, heridos y moribundos que van llegando al término de su vida, no por la estincion natural de ella, no por casual accidente ó desgracia imprevista, sino por golpes mortíferos y harto previstos, de hombres contra hombres, de hermanos contra hermanos, sacrificados inocentemente en aras de ambiciones de príncipes ó de fanatismos de pueblos.

Si en tales casos hay algo que pueda consolar el ánimo ante el aspecto de tantos horrores, y que atenue sus estragos, es el ejercicio de la caridad, nunca mas meritoria que cuando, con peligro propio, salva á otro hombre del suyo, y acude á recorrer los campos de batalla buscando heridos que pueden tener necesidad de socorro.

Recientemente ha tenido lugar una de estas escenas en las montañas de Navarra. Su sencillo relato no necesita comentarios para inspirar el mas doloroso interés.

Se ha verificado una porfiada accion entre las tropas liberales y carlistas que se disputaban la posicion de una pequeña aldea, punto estratégico para dominar otras posiciones importantes. Llegada la

noche, el triunfo corona los valerosos esfuerzos del ejército liberal; los carlistas huyen y sus vencedores entran en la aldea, á tanta costa conquistada, y se entregan al descanso y comida, tan necesarios después de un día entero de pelea y de cansancio incesante.

Apenas se piensa en lo que ha quedado en el campo. Sin embargo el General vencedor, que nada olvida, manda que al rayar el nuevo día salgan partidas de caballería con cuadrillas de paisanos para recoger heridos y enterrar muertos, porque esta operación no puede hacerse en una noche oscura, sin comprometer á los exploradores, pues el enemigo puede haberse repuesto y estar de nuevo en acecho.

El viejo Párroco de la aldea, en cuya casa está alojado el Estado Mayor, se entera de esta orden y piensa en los infelices heridos, que tal vez tengan vida todavía, y que, sin embargo, van á perderla por el abandono inevitable en que se encuentran durante toda aquella larga y fría noche de invierno. La Sanidad militar, las ambulancias de la Cruz Roja saldrán en su busca, pero esto no puede ser hasta el amanecer, y tal vez sea ya tarde.

Este pensamiento preocupa dolorosamente á aquel buen Eclesiástico. Es un anciano pacífico, de alma sencilla, de corazón bueno, de fe viva, de caridad ardiente y de cuerpo débil. Se asoma á la ventana, y vé que está nevando, circunstancia que aumenta su inquietud y vigoriza, en vez de contener, su celo caritativo.

Sin decir nada á nadie, toma su capa, una linterna, un Crucifijo y una cantimplora con agua y vino, y apoyado en un bastón y seguido de su perro, se lanza valerosamente al campo. Eran las ocho de la noche.

Blanca sábana de nieve cubre todo el terreno, y el pobre Párroco camina con dificultad. Halla primero hombres y caballos muertos, despojos de armas, uniformes y equipajes; todos los tristes efectos del Krupp y del Remington, modernos inventos que la ciencia pone al servicio de la muerte, para que sus estragos sean más rápidos y destructores.

Mientras observa si entre los cadáveres hay alguno que todavía no lo sea, el perro que va olfateando y buscando cual si su instinto le hiciese comprender el servicio que con ello puede prestar, lanza ahullidos lastimeros, corre hácia el buen anciano, y le coje con los dientes una punta de su capa, como para guiarle en determinada dirección. Su amo le sigue, y á los pocos pasos halla el doloroso objeto que motivó los ahullidos inteligentes del perro.

Junto á unos arbustos que la nieve empieza á cubrir, yace tendido un soldado de infantería, que solo se conoce que está vivo por los lastimeros ayes que exhala. Un balazo le ha atravesado el vien-

tre; una cuchillada le ha abierto ancho surco en la cabeza, y un casco de granada le ha destrozado el brazo, que pende inerte y casi desprendido del cuerpo. La sangre le cubre el rostro y casi le ciega: su voz es débil; su dolor se manifiesta con esa santa invocacion y esa dulce palabra que revelan toda la fé del cristiano: toda la ternura del hombre. El infeliz grita: *¡Dios mio! ¡Madre mia!*

¡Ah! Dios le oirá, porque está en todas partes, y atiende á los que con fe le llaman; pero su pobre madre está á cien leguas de allí, pensando quizá en su hijo, rezando para que Dios le salve, y sin que la voz del corazon maternal le anuncie que ese hijo querido yace abandonado y moribundo sobre un lecho de nieve empapada en su propia sangre. ¡Pobre madre, si tuviera esa doble vista, ilusion de magnetizados y magnetizadores, para saber lo que pasa en aquel momento en las montañas navarras!

Pero si no acude su madre, acude la caridad junto al pobre herido; ya no hay desamparo. El Párroco se arrodilla junto al soldado, le habla, le interroga, le ofrece cuanto pueda hacer por él, y adquiere en breve el triste convencimiento de que es un caso desesperado. Levántase, sin embargo, animoso, y tropezando y cayendo por en medio de la nieve, pide socorro á gritos: nadie le responde, los muertos no hablan, los otros heridos, que acaso habrá por allí, no tienen aliento para gritar á su vez.

Convencido de que no hay medio alguno de trasportar al herido, vuelve á su lado, le anima, le consuela y se resuelve á pasar allí la noche, con la débil esperanza de que se acerque algun rezagado y pueda ayudarle ó ir á buscar socorro.

El soldado esta tiritando de frio, desangrándose y pidiendo agua. El anciano saca su pañuelo, le venda lo mejor que puede las heridas para contener la hemorragia, le da á beber el agua de su cantimplora, se quita la capa, abriga con ella al paciente, y prende fuego con un fósforo al matorral inmediato para que su fuego dé algun calor y su llama sirva para atraer á cualquiera que pase por allí cerca.

Hecho esto, se sienta en el suelo junto al herido, le coloca su dolorida cabeza entre sus brazos, y estos sencillos cuidados parecen reanimarle. Habla algo, espresa su gratitud en términos vehementes, y pide al buen sacerdote que no le abandone, porque comprende que su vida se acaba.

Entáblase entonces, un diálogo conmovedor entre el anciano sano y el jóven moribundo, entre el sacerdote que derrama palabras de consuelo, de religion, de perdon y de esperanza santa, y el infeliz herido que acoge con avidez aquel bálsamo moral tan necesario en los momentos terribles de la muerte. Mártir oscuro del deber, héroe

sin pretensiones de serlo, corazón sencillo y bueno que va á dejar de latir, acepta la muerte con resignación cristiana. Ante las fervorosas palabras del Párroco, que le hace esperar en la misericordia divina, siente tranquilizarse su espíritu, y hasta por un fenómeno psicológico que la ciencia médica sabrá quizás explicar, parece que los dolores de sus heridas cesan y le dejan cierta calma física y moral, como para que el alma se desprenda tranquilamente de aquel cuerpo mutilado.

Su último pensamiento es Dios; su último recuerdo, su madre; su última palabra, la gratitud. «Gracias, padre mio, Dios bendiga á usted y á mí tambien.»

¡Espira!..... El sacerdote cierra sus ojos, y reza arrodillado junto al cadáver las preces cristianas dedicadas á los muertos. Su caridad ardiente le hace insensible á la nieve que sigue cayendo y al frío que arrecia terriblemente.

Así termina la noche. Al amanecer llega una descubierta de húsares acompañados de médicos, con camillas y botiquines y paisanos con azadones. ¡Ah! Para el pobre soldado solo esto último hace falta: abren una sepultura; el anciano ayuda á colocar el cadáver, y cuando queda cubierto con la tierra, rompe su baston en dos trozos los coloca sobre ella en forma de cruz, dirige una última oración por aquella alma, y regresa á su aldea.

A nadie cuenta entonces su escursión: solo á la pobre madre, cuyo nombre y pueblo le dijo el moribundo, le escribe una carta, tan triste, como consoladora por otro estilo.

¡Una víctima mas de la guerra! ¡Un nuevo rasgo de caridad! He aquí todo. Nada tiene de extraño, porque uno y otro es harto repetido.

Antonio Guerola.

CUADROS DE LA GUERRA.

X.

¡El DERECHO de la GUERRA! Hay una cosa que se llama así; asunto sobre el cual se escriben libros, se discuten tesis, y se celebran congresos internacionales. ¿Cómo pueden armonizarse dos elementos que se repelen constantemente, sin que en ninguna circunstancia tengan afinidad de ningún género? El *derecho* es la medida, la circunspección, la dignidad, la lealtad, la justicia: la *guerra* es la temeridad, la violencia, la ignominia, la injusticia y la traición. ¿Y si no

se dice la dulzura de lo amargo, la blancura de lo negro, la luz de la oscuridad? ¿Cómo se habla del derecho de la guerra, cuando no se usa en el sentido del que se tiene á la defensa legítima en caso de ataque injusto, sino *de las leyes* á que deben sujetarse los combatientes que se conforman con los preceptos de justicia y las reglas del honor?

Si toda masa de hombres que lucha con otra á mano armada, parte de estos dos principios, que son: como incontrovertibles axiomas:

Hacer al enemigo el *mayor* daño posible, con el *menor* daño propio:

Hacer al enemigo, *todo* el daño que sea *necesario*, para *vencerle*.

Si desde el momento en que se encomienda á la fuerza la resolución de una diferencia, matar es el único medio de no morir, y la necesidad de la conservación impone necesidades crueles. Si entre masas armadas y hostiles, díganlo ó no, su *salud* es, y tiene que ser necesariamente, *la suprema ley*, ¿cómo á la idea de *guerra* puede asociarse la de *derecho*?

Manera de espresarse poco exacta. La guerra es un monstruo feroz con miles de arpones, miles de dientes y miles de garras: una maligna, prodigiosa bestia, que cruza los aires, marcha sobre las aguas y penetra en las entrañas de la tierra, lanzando la destrucción y la muerte por su boca pestilente y sus ojos de fuego.

Los primeros hombres, fascinados por su poder, aterrados por su crueldad, temblaron y adoraron á la furia, y la levantaron altares. Ni protesta contra su autoridad, ni límite á su poder. Hacía cadáveres, esclavos, siervos, castas, clases: pasaba por las naciones, y quedaban aniquiladas; tocaba los imperios, y se desplomaban.

Trascurrieron siglos; y la razón empezó á combatir el absurdo, la conciencia á rebelarse contra la injusticia, la compasión á protestar contra la crueldad; porque crueldad, absurdo é injusticia son los elementos constitutivos de la guerra.

Pero el corazón del hombre estaba empedernido, su conciencia estraviada, su razón sin luz, y llamó visionarios á los que predicaban la paz, y á los que, sino como una realidad del momento, la miraban como una dulce esperanza.

Han pasado mas siglos, y todavía se juran y se bendicen banderas; todavía se llevan ensangrentadas á los altares y se entona el *Te Deum* para celebrar la carnicería que dió la victoria; y se llama al Padre Celestial *El Dios de los ejércitos!* Perdonadnos, Señor, que no sabemos lo que decimos.

Pero la conciencia y la razón y la piedad humana, hijas inmor-

tales del Cielo, quieren guiar y ennoblecer y consolar al hombre sobre la tierra, y luchan, luchan, luchan, sin que el escarnio les avergüence, ni la violencia las intimide. Han subido á las alturas, han bajado á los abismos y recorrido los campos de batalla, y han contado llorando lo que en ellos han visto.

El mundo, sordo mucho tiempo á la voz del honor verdadero, ha empezado á escuchar: sumido en tinieblas ha vislumbrado la ley de justicia; endurecido, ha sentido allá en sus entrañas algo parecido á la compasion.

Entonces empezaron los hombres de buena voluntad, que querian paz, á arrancar algunas víctimas al monstruo que la perturba; y cuando el hecho se repetia una y otra y muchas veces, iba recibiendo una especie de consagracion del tiempo, y no respetarla, se llamaba crueldad; contra esta crueldad protestaba la conciencia pública, la idea verdadera del honor; y se faltaba á él inmolando á las que la opinion habia absuelto. Así se arrancaron á la fiera los inermes, los débiles, los vencidos; así en este siglo, y para honor suyo, se ha hecho de los heridos una cosa sagrada. Poner algunos *limites* á la crueldad, esto es lo que se llama *derecho* de la guerra.

Pero la guerra es esencialmente impenetrable al derecho, vive pisándole, y no puede dejar de atropellarle, porque en aquellas cosas en que hay una infraccion de la justicia y del honor, puede ver una necesidad y una condicion de vida. Esconderse para matar á mansalva, se llama *parapetarse y hacer trincheras*; talar y destruir, se llama *privar de recursos al enemigo*; cogerle traidoramente de improviso, se llama *sorpresa*; matar hiriendo por la espalda á los que huyen, se llama *perseguir á los fugitivos*; y asesinar ancianos, mujeres y niños, desde muy lejos, sin riesgo alguno, es *bombardear una plaza*. La mayor parte de estos y otros atentados no son efecto de la maldad de los hombres que hacen la guerra, sino de las horribles necesidades que ella impone, porque, por ejemplo, los fugitivos de hoy que es tan indigno matar, si quedan con vida, serán los agresores de mañana.

Pero, si en las grandes luchas á mano armada, no es posible respetar los principios de justicia, debe ensancharse cuanto sea dado la esfera de *limitaciones á la crueldad*, que es lo que se llama *derecho de la guerra*. Así como se ha salvado la vida de los prisioneros, y despues su libertad; así como se ha hecho del herido una cosa sagrada, declarando la neutralidad de hospitales y ambulancias, hay que arrancar al mónstruo la horrible facultad del *bombardeo* que no se dirija exclusivamente contra los puntos fortificados y ocupados por fuerza armada.

¡Que se tengan y sean tenidos por hombres de honor esos que

de lejos, traídoramente, sin peligro, destruyen los monumentos del arte, los archivos de la ciencia, los almacenes del comercio, las máquinas de la industria, los productos del honrado trabajo, reduciendo á escombros las poblaciones, ¡ay! y lo que es mas horrible, inmolando á sus débiles, inocentes moradores! Asombro causará algun dia que ese villano, indigno proceder, se tenga por honrado.

Algunos jefes militares dan un plazo para que salgan los débiles inermes antes de empezar el bombardeo; la crueldad es sin duda menor, pero la humanidad de su proceder es mas aparente que real. ¿Por ventura puede un pueblo en masa abandonar sus hogares? Los pobres, es decir, el mayor número ¿dónde van? Y aun los pocos que pueden salir, ¿se aprovecharán de esta ventaja, dejando dentro al padre, al hijo, al esposo, al hermano? Y aunque deudos no tengan, si tienen sentimientos elevados, ¿no les repugnará dejar en la tribulacion á sus convecinos, haber compartido las alegrías, y no compartir los dolores? Yo sé de alguno á quien esto repugnaba, y no lo hizo pudiendo hacerlo, á pesar del voto favorable de los que tienen moral de surtido y honor de pacotilla. Dios protegió su noble vida; si hubiera sucumbido, tal vez dirian: *¿Para que se quedó? ¿Para qué! Para cumplir como quien era, como hombre de caridad y como caballero.* Y vosotros que dais esos plazos antes del bombardeo, sabed que de los pocos que pueden utilizarlos, solamente aprovechan el salvo-conducto los menos dignos, y que inmolais precisamente aquellas existencias que debian prolongarse, como si os hubiérais impuesto la infame tarea de castigar la nobleza de carácter, y el proceder honrado, y la abnegacion y el sacrificio.

Aun partiendo del derecho de *hacer al enemigo todo el daño que sea necesario para vencerle*, sobre que no se puede considerar como *enemigo* á los *inermes*, el bombardeo, segun dicen los inteligentes, es cada dia mas inútil, porque las plazas tienen cada vez menos importancia, y además no se rinden por bombardearlas: esto, en España al menos, lo saben todos, aun los que nada entienden del arte militar.

Si no es necesario, ni aun útil para vencer al enemigo, demoler las poblaciones que ocupa; si esta crueldad aumenta con el poder de los medios de destruccion; si alternando con el hierro que demuele y mata, se lanzan materias inflamables; si además de asesinos, son incendiarios los bombardeadores, ¿cómo no se levanta contra ellos un grito unánime de execracion y son declarados fuera de la ley de la humanidad?

Si este cobarde y traídor medio de destruccion se emplea cuando hay seguridad de que no se rendirá el pueblo que con él se atribula, y solo por el feroz placer de causarle daño; si la guerra es entre

compatriotas, y la mano alevosa que envia el proyectil, inmola tal vez á un correligionario político, á un amigo, á un pariente cercano, como ya se ha visto, entonces, solo hay que decir, que los hombres que tal hacen, *se hallan atacados de aquella horrible demencia, en que el paciente, creyéndose fiero, se conduce como tal* (*).

.....

 En el dia de difuntos, muchos le recuerdan con lágrimas en aquella ciudad afligida por la guerra, y que ha pagado á la muerte tan abrumador tributo.

En largos meses de riguroso bloqueo, tras del hambre, vino la epidemia que diezmo la poblacion, ensañándose en los débiles. Un dia, ¡qué dia! el que mandaba dentro, no pudiendo alimentar á los desvalidos, iba á arrojarlos fuera de los muros; el que mandaba fuera, se disponia á recibirlos á balazos, y aquella numerosa desventurada falange, acosada por el hambre, lanzada por la fuerza, rechazada por la crueldad, iba á ofrecer el espectáculo mas horrible que registran los sangrientos anales de la guerra! Levantóse el asedio, y al menos, no tuvimos que lamentar y avergonzarnos de tan inaudita crueldad.

La conmemoracion de los difuntos nunca fué tan triste, ni pareció tan fúnebre el tañido de las campanas que sirven alternativamente ahora, para llamar los fieles al templo y para avisar el peligro del proyectil que está en el aire.

Gente silenciosa circula por las calles; entra y sale en las iglesias; todos vestidos de negro y con luto en el corazon. ¡Cuántos seres queridos cayeron, cuántos caerán segados por la muerte cuando estaban llenos de vida, existencias dichosas que en la paz se abrian como flores á la luz, ya sepultadas en esa inmensa tumba abierta por el insaciable mónstruo!

Hoy al menos, la artilleria no truena; parece que no quiere interrumpir el religioso silencio con que deben visitarse las tumbas. Para los que á mansalva envian sobre la atribulada ciudad destruccion y muerte, tambien este dia debe ser de solemne tristeza; tambien ellos recordarán á los que amaban y ya no existen. Hombres son y cristianos; tal vez han puesto la mano sobre su corazon y sentido que latia piadoso y compasivo; tal vez creen oír voces que salen de esas tumbas abiertas por ellos, voces dolientes que piden misericordia, voces severas que anuncian justicia; tal vez, al lado de las máquinas de muerte, piensan en otra vida, y la rodilla en tierra, la frente inclinada sobre las bocas de fuego, sienten remordimientos y pena, y tienen una lágrima y una oracion. Sin duda comprenden el horror de que las campanas suenen al mismo tiempo con el toque de rebato que anuncia el proyectil, y el doblar fúnebre y solemne que, como el ¡ay! doliente de un pueblo afligido, repiten los ecos de las montañas. Sin duda se escucha el triste *memento*, la conciencia habla, las baterías están mudas.....

¡Ay! No lo han estado mucho tiempo.

(*) Palabras de un médico militar que estaba dentro de la plaza, y nos comunicaba el hecho que á continuacion referimos.

Recógense las familias al triste hogar, donde se ven con lágrimas tantos vacíos. Repátese el alimento con la parsimonia que da el temor de la falta de víveres. Ved aquella mujer; rodeada está de sus hijos á quienes no aflige ni el recuerdo de los que han muerto ni el presentimiento de los que pueden morir, y comen con buen apetito su parte y la de su madre, que, vestida de luto, la cede sin mérito aquella noche. Terminada la cena, no se hace esperar el sueño dichoso de la infancia, que no interrumpen ni el dolor, ni el estruendo de la artillería. En el lugar que parece mas seguro se han colocado los inocentes; duermen, su madre los ve dormir. Todos le parecen hermosos, y la mas pequeñita con razon, porque es de una belleza rara. Contemplándola está, cuando oye el toque de alarma, y detonaciones no interrumpidas. Las bombas caen, caen, caen sin cesar: ni antes ni despues de aquella horrible noche lanzaron tantas. No, no deben haber tenido pena ni remordimiento durante el dia aquellos crueles, ni llorado por nadie, ni recordado que son hombres, ni pensado en Dios.

El estruendo es horrible, actividad infernal tiene la obra de destruccion. Algun militar que cumple con su deber, algun afligido que deja la cabecera de un enfermo, para ir en busca de un médico ó de un sacerdote, son los únicos que cruzan por las calles desiertas. Apíñase la gente en los sótanos y cuevas, como rebaño acosado por animal feroz, y muchos de los que parecen seguros, lloran por los queridos de su corazon que están en peligro.

En tal angustia, nadie halla descanso en el sueño; solo duermen los niños; aquella que contemplaba su madre, duerme tambien. Una mano medio oculta por los rizos de su rubia cabellera, apoya la otra sobre el borde de la cuna. Su cutis es trasparente y sonrosado, como un capullo que se abre. Sus ojos, aun cerrados, parecen mirar cariñosos é iluminan aquella frente pura. Sus labios se pliegan con expresion inefable. ¿Sueña? ¿Piensa? ¿Recuerda? ¿Espera? Ella se rie con una risa de angel que viene del cielo, ó que va en breve á dejar la tierra. Y cuando asi rie la inocentita..... un proyectil revienta..... aquella criatura de belleza tan ideal no es ya mas que una masa informe de huesos dislocados, de carne dislacerada, todo chorreando sangre.

Se oye un grito que no puede salir mas que de las entrañas de una madre; se siente un cuerpo caer; unos pobres niños despiertan espantados, y miran, y huyen dando alaridos.....

.....

.....

.....

Estrangero que mandaste bombardear aquella ciudad la noche de difuntos, si huyendo de la tierra que has venido á ensangrentar, vuelves á tu pátria, aunque no debes tener pátria tú..... Si á los que se te parecen refieres tus hazañas, no omitas esta. No te olvides de decir cuántos kilogramos de hierro y de pólvora has gastado para asesinar á una hermosa niña que dormia en su cuna (*). La ventaja no es para desdeñada, y el hecho es digno de tu noble prosapia.

Gijon 13 de febrero 1876.

Concepcion Arenal.

(*) Fue en efecto la única víctima aquella horrible noche.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO 6.º

Beneficencia.

En nombre de los pobres...	1, 17, 33, 65, 81, 97, 113, 129, 145, 161, 193, 209, 225, 241, 257, 289, 305, 321, 337, 353, y 369
Casa de Beneficencia de Valladolid.....	40
Hospital de Nuestra Señora de Atocha..	48
La Constructora Benéfica.....	67
Real decreto.....	81
Estatutos de la Constructora Benéfica.	97 y 114
La organizacion de la caridad.....	263
Madrid caritativo y benéfico.....	266
La Beneficencia en París.....	334
Al Diputado á Córtes Sr. D. X.....	369

Prisiones.

Reformas en el sistema penitenciario.....	172
Los sistemas penitenciarios en América.....	184
Las Workhouse.....	198
Colonias penitenciarias francesas.....	206
La caridad con los presos.....	212

Caridad en la guerra.

La caridad en la guerra.....	1, 46 y 61
Un escrito del Dr. Landa.....	251
Cuadros de la guerra:....	9, 25, 42, 59, 93, 123, 141, 349 y 379
En nombre de los heridos. 1, 17, 34, 49, 65, 129, 145, 161, 177, 194, 209, 225, 241, 257, 275, 289, 305, 321, 338, 353 y	369
Carta á Fernan-Flor.....	130 y 337
El párroco y el soldado.....	375
Media hora para los pobres heridos.....	117

Ultimo céntimo y último trapo.....	144
Los inválidos de la guerra.....	148
¡Hilas! ¡Hilas!.....	163

Asuntos varios.

Consulta de un Suscriptor.....	1
Las horas perdidas.....	4
Bendita sea su memoria.....	11
Las violetas..... 12 y	28
D. Juan Fesser.....	18
Respuesta á un suscriptor.....	18
Escuelas de gratitud.....	20
Exposicion benéfica de Bruselas.....	34
Poesía y prosa.....	36
Advertencias..... 49, 113, 145, 177, 193, 289 y	320
Flores menudas.....	49
El grano sobre la roca.....	53
Concurso de la Real Academia de ciencias morales y políticas.	56
Deudas que se olvidan siendo tres veces sagradas.....	58
A nuestros suscritores.....	66
La guerra y la miseria.....	72
Los barrios obreros.....	85
El tio Bartolo.....	88
Los pupilos del ejército.....	96
Publicidad que conviene.....	103
El incendio del Cabañal.....	107
Qué ejemplo si se imitara.....	109
Las Hermanitas de los Pobres.....	118
Los derechos de Aduana y los derechos de humanidad.....	121
Enseñanza de una yerbecilla.....	131
Desgracia y compasion.....	134
Ejemplo meritorio de caridad.....	135
El corazon y la cabeza.....	137
Máxima sobre la caridad.....	144
Un ejemplo digno de imitacion.....	146
La cigarra y la hormiga.....	151
El general Dufour.....	155
Un bofeton productivo.....	156
Un ramo de pensamientos..... 158, 175 y	192

La moral del Budhismo.....	164
Un mártir.....	167
Hospitales militares franceses.....	171
La caridad valenciana.....	173
El nuevo Monte de Piedad.....	174
El V. H. Bernardino de Obregon.....	178
Viaje de un pobre.....	188
Los lazos sociales.....	194
El Administrador de la Providencia.....	200
La hospitalidad del árabe.....	203
El amor filial.....	205
Los aniversarios del dolor.....	209
Los mineros.....	215
Una peticion de indulto.....	218
El Hospital de Noble de Málaga.....	226
Propina para el pobre.....	228
La caridad en invierno.....	230
El seductor convertido.....	235
La última noche de guardia.....	237
Pensamientos de Cervantes sobre la ingratitud.....	240
Los Bancos populares.....	241
El milagro de la vida.....	244
Un cura de aldea.....	247
El teatro.....	254
Los tres amigos.....	256
Remision de un cajon á Tudela.....	257
La compasion con los culpables.....	258
El barrio de las Peñuelas.....	260
Dos clases de limosna.....	269
Nuevo prospecto.....	273
Exposicion internacional de salvamento.....	275
Las guardillas y las casas de vecindad.....	281
Una huérfana con tres madres.....	284
Consecuencias de la guerra.....	286
Los pobres no tienen cena de Navidad.....	289
El patronato del servicio doméstico.....	290
Sueños de frio.....	295
Confidencias de un curioso.....	299
Rectificacion.....	304
La moda y la caridad.....	306
Siervas de María.....	310
La nieve.....	312

La cruz del socavon.....	315
Rahab.....	316
Bienhechores desgraciados.....	321
La asociacion, el trabajo y el ahorro.....	325
La suscripcion de los artistas en París.....	330
A Fernan Flor.....	337
Carta á un desconsolado.....	338
La mano trémula.....	344
Coser para las tiendas.....	345
La embriaguez.....	354
Las decenas.....	356
Las Hermanitas de los Pobres de Jerez.....	360
Los pescadores.....	362
La bondad.....	373

Poesías.

El dedo índice de la mano izquierda.....	62
Limosna de sisa.....	110
La caridad.....	159
La paloma.....	192
La nube y la flor.....	206
La cicuta y la espada.....	208
El hombre y la garza.....	224
Diálogo de chicos.....	239
El soldado.....	366